

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:

Número suelto ¢ 0.30

Serie mensual (2 números) 0.60

Para el extranjero:

Número suelto \$ 0.15

Serie semestral (12 números) 1.50

Se publica quincenalmente

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA AL
APARTADO N° 1

La colaboración será solicitada

N° 10

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 1° DE DICIEMBRE DE 1919

TOMO III

Mañana melancólica

Hay en el aire matinal, cautiva,
una pena que embarga cuanto existe;
como en espera de un mensaje triste
la mañana se ha puesto pensativa.

De una quietud sensible la emotiva
tristeza del paisaje se reviste:
el eco de una voz, todo, persiste
en la paz misteriosa y sensitiva.

Tal como esta mañana en que se acrece
el más leve rumor, y que estremece
hasta el lejano relinchar de un potro,

está mi corazón de pena y llanto
por aquella mujer que quise tanto,
que quise tanto y se casó con otro...

Asdrúbal Villalobos

Costa Rica.

Homenaje póstumo

Athenea dedica algunas páginas de este número al ilustre mejicano, al exquisito e inmortal poeta cuya muerte deploramos desde hace más de seis meses: Amado Nervo

Amado Nervo hacía vida conventual: se alejó de la carne y al hacerlo, el misticismo fue claustro venturoso; sin embargo, en sus oraciones, es decir, en sus versos, en sus espirituales versos, se ve a menudo la tentación inquisitiva de la carne "a pesar del silicio y a pesar del flagelo". . . Entonces escuchamos, como a través de los muros que lo encierran, alegre y melancólica la voz, entre coros de voces inmatargas, una interrogación que parece que se hiciera desde el trascoro de su templo por un indefinible deseo de renunciación: "¿quién es esa sirena de la voz tan doliente, de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna...?" Y nos figuramos una novicia que deshace nuestras devociones con el fulgor de sus pupilas.

Amado Nervo, como la golondrina que busca los aleros en las claridades del estío, amó la luz; al morir, cuando ya la vida empezaba a desprenderse de su vida con esa timidez de la amante que debe separarse obligatoriamente de su compañero y recurre al detalle cauteloso para no enfadarlo, pidió luz, y más que luz, solicitó el sol; y al reconstruir esa última escena de sus días, nos lo figuramos en su misticismo, en ese claustro ideal, a la ventana, apoyado en los barrotes, intensamente pálido y gloriosamente iluminado, con una mano implorativa para el Astro, mientras las palpitations menguan en su corazón

Oremos por el Hermano Lírico.

M. S.

Ultimo retrato de Amado Nervo



Amado Nervo

Gran poeta mexicano muerto en Montevideo
el 24 de mayo de este año

La musa de Amado Nervo

Se ha escapado la alondra, pero sube
por la escala de luz que perseguía,
su pecho corta el aire hacia una nube
y llega a donde va con pleno día!

Ya se ha fugado de su jaula rota
este célico pájaro que encanta,
pero había una estrella en su garganta
y es luz y rumor de aguas lo que brota.

Sobre la ojiva de un alcázar regio,
-su espíritu ideal - cantaba el ave
con el ritmo armonioso de su arpegio
lo que el mundo no sabe:
un celeste y tranquilo florilegio.

Se diría que fue su melodía
un ensueño sereno; se diría
que fué un coro de arcángeles divino
o un colmenar que, roto de armonía,
pusiera abejas de oro en cada trino.

Oíd: suenan los cánticos dispersos
y van sobre las ondas rumorosas
alas, ritmos, perfumes, mariposas....
y es todo un albo surtidor de versos
que arroja estrellas y que esparce rosas!

Todo el encanto de esa alondra prende
un místico y profundo desvarío;
el alma sobre su alma se suspende
y se llena de música el vacío...

.....

Lloren las Musas con el llanto acerbo
de un inmenso dolor; la jaula rota
ha dejado escapar la última nota
de éste pájaro azul: AMADO NERVO!

Rogelio Sotela

Datos Biográficos y Bibliográficos de Amado Nervo

Amado Nervo nació en Tepic (Jal.) el 27 de agosto de 1870. Sus padres fueron el señor don Amado Ruíz de Nervo y doña Juana O. de Ruíz de Nervo.

El señor don Amado suprimió el apellido Ruíz y el futuro poeta resultó así, Amado Nervo.

Criado en aquella ciudad en un ambiente místico, creció el muchacho atolondrado y tímido, que a pocos años pidió entrar a estudiar teología para hacerse sacerdote.

Era entonces en Jacona donde se encontraba el mejor colegio eclesiástico y allá fué Amado a estudiar por los años 1884 a 1887.

A la muerte de su padre interrumpió sus estudios teológicos para ponerse al frente de los negocios de su familia.

Por entonces se editaba en Mazatlán *El Correo de la Tarde*, donde comenzó por escribir artículos de crónica que firmaba con el pseudónimo *Román*, que cambió después por el de *Duque Juan*.

En 1894 vino a México y colaboró en *Revista Azul* y en *El Universal*. Después entró a colaborar en *El Mundo Ilustrado*. Reyes Spíndola era el director del *Mundo* y lo envió a Europa, a poco y por corto tiempo, con el fin de que descansara, y con el sólo compromiso de que enviaría exclusivamente para el *Mundo*, sus artículos.

Una carta particular que Nervo envió a Puga y Acal, y que este publicó, fué la causa por lo que Nervo quedó allá sin recursos, pues Spíndola dejó de enviárselos.

En Europa trabó amistad con los notables escritores de la época y adquirió perfección su estro.

A su vuelta, fundó con Jesús E. Valenzuela la mejor publicación artística que México ha tenido: *Revista Moderna*.

En 1905 ingresó a la diplomacia y desde entonces alcanzó mayor fama de la que ya tenía.

Las Cortes españolas votaron una pensión cuando quedó cesante en su puesto de Ministro de México en España, pensión que no aceptó el diplomático, prefiriendo la penuria al desdoro que acarrearía para su patria el aceptarla.

Llamado por el Gobierno de la República llegó a Veracruz el poeta Nervo el día 1º de julio del año pasado; permaneciendo poco tiempo en la tierra patria. Nombrado Ministro de México en Argentina, llegó a Buenos

Aires el 14 de marzo del presente año, donde se le hizo magnífica y cordial recepción. *Caras y Caretas* publicó a la llegada de Nervo una caricatura del poeta, con el mote siguiente:

Este ilustre Mexicano,
que tantos afectos cuenta
en este país hermano,
a su patria representa
y al Parnaso Americano.

Nervo después de recibido en Argentina pasó a Uruguay a presentar sus credenciales al Presidente de la Nación hermana, y allí le sorprendió la muerte el sábado 24 de mayo en la capital, Montevideo.

Los honores que se le han tributado han sido grandiosos.

Nervo publicó las obras siguientes:

El Bachiller.—Novela. 1895.
Perlas Negras.—Versos. 1898.
Origené.—Tradc. de la novela «El Bachiller», al francés. 1901.
Poemas.—Versos. 1901.
El Exodo y las Flores del Camino.—Verso y prosa. 1902.
Perlas Negras, Místicas, Las Voces.—Versos. 1904.
Lira Heróica.—Versos. 1902.
Otras Vidas, Pascual Aguilera, El Bachiller, El Donador de Almas. (Sin fecha).
Los Jardines Interiores.—Versos. 1905.
Almas que pasan, Últimas prosas. 1905.
Lecturas Mexicanas Graduadas, 2 vols. 1906, 1907.
En Voz Baja, La Sombra del Ala, Un Libro Amable, Del «Exodo y las Flores del Camino». 1909.

Juana de Asbaje.—1910.
Ellos,....—Prosas. 1912.
Mis Filosofías.—Prosas. 1912.
Serenidad.—Versos. 1914.
El Diablo Desinteresado. 1916. Novela corta.
Elevación.—Versos.
Plenitud.—Prosas.
El Diamante de la Inquietud.—Novela 1918.
El Sexto Sentido.—Novela. 1918.

En preparación:

El Arquero Divino.—Versos.
El Estanque de los Lotos.—Versos.
Filosofando.—Prosas. (Continuación de «Mis Filosofías»).

Cómo murió Amado Nervo

Montevideo, mayo 24.

La mejoría que en el estado de Amado Nervo se inició el miércoles no se acentuó posteriormente. La terrible uremia que lo atacó el domingo último avanzaba rápidamente, defraudando todas las esperanzas sobre una reacción salvadora en la que aún se creía. Ayer, Nervo recibió la visita de numerosas personas. Estaba en posesión de todas sus facultades psíquicas; sonreía a todos cuantos llegábanse hasta su lecho y quería hablar con ellos, cosa que le impedían su médico de cabecera y los mismos visi-

tantes. Su físico denotaba visiblemente los estragos que hacía el mal, pero su intelecto, su intelecto privilegiado, brillaba aún con los mismos destellos de sus mejores días.

Esta madrugada su estado se agravó rápidamente, haciendo perder a todos la esperanza de tan anhelada reacción.

A las nueve entró en estado comatoso; sin embargo todavía articuló algunas frases, entre las cuales podía oírse la de: «Bueno..., muy bueno».

En los últimos días, dándose cuenta de la gravedad de su estado, hablaba de su mal y pedía que no escatimasen esfuerzos para salvarlo. «No quiero morir, no quiero morir», decía a cada rato.

Eran las 8.35 cuando el señor Freymann, que no se había separado un instante de la cabecera del lecho del enfermo, corrió apresuradamente a las habitaciones del ministro peruano, doctor Belaunde, alojado también en el Parque Hotel, y le comunicó que Amado Nervo acababa de sufrir un síncope. Levantóse apresuradamente el doctor Belaunde, y, acompañado del médico peruano doctor Sánchez Aizcorbe, concurrió a las habitaciones del poeta enfermo, que se hallaba sin sentido, prodigándole, en compañía de los señores Freymann y Padilla Nervo, toda clase de cuidados. Pronto se produjo una reacción, pero en realidad sólo se trataba de una leve alternativa entre la vida y la muerte, pudiendo asegurarse que, aunque no lo parecía, se había iniciado el período agónico.

Plácidos fueron los últimos instantes del poeta. Su deceso se produjo entre pruebas de amistad y consideración de cuantos le rodeaban. Una profunda emoción embargaba los ánimos de los presentes.

Sus últimos instantes fueron de una dulzura impresionante y se extinguió con la serenidad, con la calma de que hizo gala en toda su vida.

El ministro peruano, doctor Belaunde, que no se apartaba un instante del poeta, decía esta tarde: «Tuvo una muerte admirable, la muerte de un talento; de un iluminado».

La dulzura y la delicadeza de su alma no se empañaron nunca durante la enfermedad. La forma en que se extinguió ha impresionado a todos los que lo rodeaban.

Amado Nervo dirigió sus últimas palabras al practicante que lo atendía, a quien manifestó la pena que le causaba que se mortificara por él.

Anoche, a las 10, se encontraba entre las personas que atendían al enfermo el Ministro interino de Relaciones Exteriores, Daniel Muñoz, quien se dispuso retirarse por un instante, según expresó, por tener que visitar al Presidente de la República que se encontraba un poco enfermo. Amado Nervo le pidió entonces, en la forma galana que sabía dar a todas las cosas que dice, que le manifestara al Doctor Brum su viva gratitud por las atenciones que de él había recibido. Y agregó:

— «El Dr. Brum es más que un Presidente: es todo un hombre».

El doctor Daniel Muñoz dijo también que anoche, después de comer, condujo a una nietecita suya hasta la habitación de Amado Nervo. El insigne poeta al verlo entrar le dijo aludiendo a la niña: «Usted me trae una cosa muy buena, me trae un rayo de sol: esto es lo que yo necesitaba».

Momentos antes de que Nervo expirase, el Dr. Daniel Muñoz tomó una mano del enfermo, y el poeta, aunque estremeciéndose ya en la agonía, pudo decirle: «Siento que la muerte me entra por los pies».

Las precauciones de todos los que le rodeaban por las alternativas de su salud le arrancaban espontáneas palabras de gratitud. «No se molesten.... No se mortifiquen por mí», eran sus palabras a cada instante. Evitaba el formular preguntas o pedir favores sobre cualquier detalle que interesara a su situación por no obligar a nadie a trabajos de ninguna índole provocados por él.

La noche la pasó en un estado de laxitud completa; casi no hablaba, y cuando lo hacía sólo era para formular lentas frases de cariño para todos, y siempre insistiendo en no mortificar a nadie....

A la 1.30 de la madrugada quiso cambiar de postura. El practicante de medicina que le atendía le hizo notar que todo movimiento le sería perjudicial e insistió en que no se moviera. «De todos modos.... dijo, recostándose sobre el lado izquierdo... ¡De todos modos ha de ser la última!»

Dulce, suave su morir en realidad, ha sido para Nervo una llama que se ha consumido lentamente hasta apagarse, dejando incólumes y engrandecidos sus propios resplandores.

La semipenumbra de la habitación, propicia al ensueño impreciso y vago de su lúcida agonía, levantó en su alma visionaria de gloria la última nota de su lira.

— «¿Por qué no abren esas ventanas para que éntre luz?... Yo no quiero morir sin ver el sol!.... Gracias..... Gracias.....» Y agradecido a todos, expiró.

froilán Turcios

Desde hace algunos días es nuestro huésped don Froilán Turcios, conocido escritor hondureño que ha sabido consagrar su nombre fuera de los lindes centroamericanos.

Estuvimos a verlo y encontramos, a través de lo poco que hablamos, que este hombre de letras y político dirigente en su tierra, ha vivido mucho, ha sentido mucho. Viene Turcios con el anhelo de casarse aquí, de hacer un hogar feliz y vivir tranquilo, en dulce paz con la vida.

Que reciba las mejores impresiones de nuestro medio y que calme sus nobles anhelos del corazón para que arraiguen todos sus cariños en nuestra Costa Rica.

Momentos musicales

Porque detrás de la sólida armadura matemática de la música, sólo visible para los profesionales o las mentes más analíticas, están los aposentos ornamentados, los frescos murales, los mosaicos de colores; están los habitantes llenos de animación, con sus pasiones, sus sentimientos, sus propósitos. Y todo esto es absorbente. La música habla, canta, describe, pinta, cuenta, imita, llora, se queja, se apiada, se arrepiente: es lo mejor de la humanidad expresándose en el más sutil y penetrante de los lenguajes que conocieron las angélicas potestades o se revelaron a los hombres. La música es toda humanidad; no es ciencia áspera y escueta. Hacéis bien si seguís la filigrana, los encajes, los bordados, los innúmeros detalles de la música; pero no haríais bien, si olvidaseis que detrás de tanta filis sienten y piensan seres humanos, hablan voces de la naturaleza. De su sustancia misma teje una oruga la seda; con la sustancia misma del alma hila el músico su poema. Sus dolores y sus esperanzas, sus arrebatos de amor patrio y sus melancolías de desterrado de una vida mejor: todo esto tiembla o suspira a lo largo de la música. Es esto lo que conviene buscar.

.....
No importa, pues, que conozcáis o no la notación musical, ni el contrapunto. Todo lo que se requiere de vosotros es que tratéis de comprender lo humano detrás de todas esas combinaciones armoniosas.

¿No es eso, acaso, lo que pedís al novelista? Que os haga sentir la vida humana; lo demás poco os importa.

Y así, con lentitud, buscando todas esas cosas en las frases musicales descubriréis un mundo nuevo, el mundo de la música donde la humanidad encuentra una más perfecta expresión de las recónditas ansiedades del espíritu.

En torno vuestro la atmósfera moral se purificará; se sentirán los anhelos de mayor elevación; serán más amplios los puntos de vista; se despertarán sentimientos más nobles que dormían en las jóvenes almas que os escucharon.

Si deseáis afinar las almas en torno vuestro, si queréis que os lleguen la ternura y la afección de parte de quienes viven en vuestra compañía, cultivad la música. Los diarios esfuerzos que le consagréis os serán recompensados con horas de mayor felicidad en el seno de vuestro hogar.

Roberto Brenes Mesén

Una vida

Leyó libros románticos. Tenía la cabeza tan llena de ilusiones, que al llegar las primeras decepciones creyó que su pesar la mataría.

Después se enamoró. Su novio, un día, murió a causa de un mal en los pulmones: alivió su dolor con oraciones en la penumbra de una sacristía.

Una tarde miróse ante un espejo y se extrañó de ver su rostro viejo.

Al final de su vida sin encantos, sólo quiere bañar de agua bendita su frente, comulgar de mañanita y sacudir el polvo de los santos...

Julián Marchena

1919.

La Serenata de Schubert

Como todo lo grande en el arte, como todo lo que ha desafiado el tiempo y el olvido, esta inmortal melodía del músico soñador, es obra del corazón acaso más aún que del genio. Vauvenargues lo ha dicho:

«Les grandes pensées viennent du coeur».

La música es el vínculo más directo del sentimiento, y bajo la influencia de intensas emociones sus altos sacerdotes han oído, allá en el fondo del alma, la voz de la inspiración. Los que no hacen más que música sabia, confundiendo el arte con la ciencia, podrán despertar la admiración de sus oyentes, pero no lograrán conmoverlos. Nada entenece como una lágrima. «Si vis me flere».

Los compositores que han sacudido el alma de la humanidad tuvieron grandes corazones y profundos dolores, porque la música no es sino el lenguaje idealizado del sentimiento, expresado con algo más etéreo, más sutil, más inefable que la palabra.

Frantz Schubert, uno de estos elegidos, con su naturaleza exquisita y fina, pasó por la escala ascendente y descendente de las emociones, ex-

perimentando las penas y las alegrías en todos los matices y aspectos. Por desgracia suya, era sumamente corto de genio, y tan tartamudo y torpe de palabra que producía una impresión poco favorable en cuantos no le conocían bien. Sentado al piano, el hombre cambiaba, olvidaba su oscuridad, su miseria, sus privaciones, evocaba sonidos en cuyas alas volaba a místicas regiones, y el pobre músico se convertía en un dios.

Su vida había sido dura: fué desde niño asiduo estudiante, trabajando «de claro en claro y de turbio en turbio», mientras le faltaban, a veces, las cosas más necesarias para la existencia.

Pero su arte era de consuelo, y el tierno afecto que le profesaba su maestro Kolzer, lo aguijoneaba cuando flaqueaba el cuerpo y el espíritu, cansados de padecer.

Al fin encontró un protector: un conde austriaco que le proporcionó los medios de vivir modesta pero decentemente, poniendo bajo la dirección de Schubert la educación de sus dos hijos. Al ver por vez primera a la hija mayor del Conde, su futuro maestro quedó atónito ante la belleza tan extraordinaria y en su diario escribió lo siguiente:

«Me pareció ver en la penumbra de la sala un rayo de sol. Miré y ví que era una sonrisa. Oí una tierna cadencia, tan dulce que no podía venir más que del cielo. Mudo y absorto escuché, esperando a que se repitiese, y entonces supe que era su voz».

No necesito añadir que la simpatía, tan repentinamente despertada, inició una ardiente pasión; pero dada la diferencia de rango y posición que los separaba, él tuvo la delicadeza de callarla completamente.

Un día, Carolina le preguntó quién le había enseñado esa manera maravillosa de herir las notas, haciéndolas vibrar con vida extraña y divina. «Ese secreto, — contestó Schubert, me lo enseñaron maestros que esperonunca tendréis, pues sólo dan lecciones en la dura escuela de la privación y del dolor».

Pasaron algunos meses y la inevitable separación se aproximaba. La familia se alejaba de Viena, y con la interrupción de las clases, el maestro no volvería a ver a su discípula.

«¡Si hubiera podido decirle una sola vez que la amo—exclamaba el desdichado artista,—moriría resignado; pero perderla así es horrible!»

Este amor contenido le roía el alma, hasta que en un momento de suprema inspiración, logró verter en notas toda su ternura.

Confiado en que la música sabría llevar al oído de su amada lo que él no podía revelar de palabra, salió una noche y cantó su canto de cisne bajo la ventana de la joven Condesa.

Esta es la famosa serenata de Schubert, que será eternamente una de las preciosas joyas del repertorio musical.

La hija del Conde salió al balcón, y dejando caer una rosa que llevaba un billete envuelto alrededor del tallo, cerró los cristales y desapareció. El maestro no había de contemplarla más en esta vida.

He aquí las palabras que el desconsolado Schubert leyó al resplandor de la luna:

«Querido: Ya sé cuáles fueron los maestros que te enseñaron el secreto de tu arte incomparable, porque a mí también me acompañan. Son la vida, la experiencia y el amor. ¿Qué te diré de tu serenata, cuya celestial melodía no sólo me llena el alma, sino que me revela todo lo que anhelaba saber, y me deja el corazón despedazado?»

Blanca Z. de Baralt

Eterno

Inédito

Cuando ya lejos me encuentre,
cuando se olviden de mí,
leerás estos dulces versos
que hice hoy pensando en tí...

Tal vez me aleje muy pronto
a otra tierra, a otro país,
con el dolor que incubaron
las tristezas que sufrí;
y cuando nadie me nombre,
ni recuerden que existí,
mi cuerpo estará en la sombra
con los versos que te dí,
y si vas al cementerio
acaso sufras por mí,
que el amor que nos perfuma
no habrá nunca de morir . . .

.....
Vivirá para tí mi alma,
muerta tal vez para todos:
rie, llóra, lo que quieras,
¡te amaré de todos modos!

Rosario Luna

El Secreto de Oro

Algunas personas hablan mucho de las amarguras de la experiencia y de los desengaños de la vida; pero quien no se empeña en *engañarse* voluntariamente acerca de ella, no puede sufrir decepciones.

Lo principal es no apetecer cosas vanas: hermosas por fuera, pero llenas de cenizas, como las manzanas del *Mar Muerto*.

El más humilde de los hombres, salvo el caso de circunstancias excepcionales, puede ser muy dichoso con esta sola condición: cumplir los deberes que le tocan y mirar la vida con serenidad reflexiva, para no confundir los verdaderos tesoros que ella encierra con las nubes de vapor dorado que cruzan por su atmósfera y pasan y se disipan con tanta rapidez.

¿Quién sufrió decepciones de su madre? ¿A quién engañó la esposa modesta, si la eligió entre las vecinas del hogar paterno, sencilla y pura, no casquivana y melindrosa? ¿A quién trataron los hombres con dureza, si él fué honrado y bondadoso con ellos? Hacerse amar es muy fácil: basta ser amable con los otros, y ningún hombre a quien los otros aman puede ser infeliz de veras.

Ejercitar nuestro entendimiento en labores adecuadas a su índole, para que dé los frutos de que es capaz, es muy importante; pero mucho más precioso es ejercitar nuestro carácter, cultivar nuestras virtudes como plantas de alto valor, arrancar de continuo la cizaña que crece entre ellas, la yerba de la concupiscencia y del egoísmo, que las arruina con su vecindad.

Donde no hay amor todo es dolor, ha dicho un sabio. El amor a la patria, a la familia, a los amigos, a la humanidad entera son veneros de una dicha que no tiene ocaso.

No hay que entregarse a apetitos locos. El hombre suele ser más desgraciado por lo que apetece sin motivo que por lo que no alcanza de lo que debe ser apetecido.

Es dable ser infeliz por dolores de la familia, por carecer de patria libre y honrada o por las propias deficiencias; pero todo ello puede llevarse con resignación, si se trabaja empeñosamente por mejorarlo, y la mayor parte de los hombres que se quejan de la vida no lo hacen por pesares de esa clase, sino por otros ilusorios, causados por la carencia de algo que sólo por insensatez codician.

La fraternidad es la panacea para todos los dolores de la vida social: el mundo lo reconoce hasta el punto de que no sólo los que adoran como Dios, sino los que lo miran simplemente como un hombre de genio, considerando a Jesús como el maestro de la fraternidad humana, lo tienen, por ello, como el más grande, de los mor-

tales. La cruz del Gólgota ha brillado por el espacio de muchos siglos sobre todas las grandezas de la vida. Ni el arte y la sabiduría de Atenas, ni las leyes y las guerras de Roma, ni el viaje prodigioso de Colón, ni el genio de los más grandes músicos y de los más grandes poetas, ni los más admirables descubrimientos de la ciencia, ni las más nobles hazañas de los héroes han oscurecido con su brillo la predicación de Galilea y el martirio del Gólgota; el sacrificio de la propia ventura y la propia vida para el bien de los demás y por el amor de los hombres.

Lo más bello que parece que hacen los hombres es, sin duda, el arte: la música hermosa, la hermosa pintura, los hermosos discursos y los hermosos versos; pero no hay mármol, ni lienzo, ni poema que pueda compararse a una buena acción. Cada uno puede ser artista modelando y perfeccionando su propia vida, trabajándola, como con la inspiración de un gran poeta, como se trabaja con el bronce, como se trabaja con el pincel, como se trabaja con la palabra para hacer y decir lo que es hermoso, pero con menos hermosura que lo bueno.

Los hombres pasan mil angustias por aparecer ricos y poderosos, aunque no lo sean; y séanlo o no de veras, los que aparecen como tales suelen excitar envidia y malevolencia, y la vanidad es, por otra parte, un hambre que nunca está del todo satisfecha. Más vale ser como un arroyo que se desliza mansamente sobre la yerba, cristalino y melodioso, con suave murmullo al chocar con las piedras, que un torrente que se despeña de lo alto arrastrando toda suerte de inmundicias en sus aguas.

Bello es el taller del artista cuando la gloria lo sombrea con sus palmas, brillante la tribuna en que se levanta el adalid de los patrios derechos, el gabinete en que el sabio inclina la cabeza pensadora en la tarea de su análisis luminoso; pero aun la cabaña pajiza en que el labrador honrado reposa entre su familia amante de la ruda labor, tiene poesía soberana para quien sepa apreciarla en lo que vale.

Como náufrago que mira la playa en que va a guarecerse del peligro, contempla a veces un humilde y sereno retiro el hombre que anda atareado en el tráfigo de la vida cortesana entre ambiciones y codicias.

El género humano ha progresado grandemente en el curso de la Historia, acercándose cada día más a la consecución de la fraternidad, que es la clave de su dicha.

Ya no hay esclavitud para raza que por inferior se tenga, ni para pueblo que en la guerra se dome; ya la guerra no constituye la relación común y constante de los pueblos, ni la piratería es forma de su vida; ya la mujer no es una esclava del varón ni una parte del botín de la pelea; ya la del arado no es tarea de siervos, ni es

vil la industria de las manos que en la batalla no consiste; ya no se reparte la familia humana en patricios soberbios y plebeyos mansos; ya no hay gleba; ya se hundió en los abismos del mar, como monstruo propio de sus oscuras profundidades, el barco de la *trata*; ya no se llama bárbaro al extranjero; ya no hay hogueras para el pensamiento que no se deja amarrar a la coyunda de una superstición, ni potro de tormento para el procesado que no quiere confesar la culpa que le imputan; ya no hay murallas entre pueblo y pueblo, ni fosos entre casa y casa, ni preocupaciones de casta entre grupo y grupo, ni odios de muerte entre idea e idea, ni miedos a la ciencia, ni prostitución para las artes, cortesanías de las tiranías, ni es bufón de palacio el ingenio. Las ideas vuelan libres, la palabra no se mancha, sino cuando quiere, en vil comercio de alquiler o de venduta: ya existe una sociedad universal de todos los hombres cultos, que por medio de los únicos esclavos de ahora—la electricidad y el vapor,—no sólo se visitan con frecuencia, sino que se mantienen en perenne consorcio, haciendo de sus laboratorios y de sus empeños uno solo para la conquista de todas las fuerzas, para el dominio de todos los recursos de la naturaleza. El pasado parece una noche pavorosa, y ya clarean el horizonte, ya rompen las nieblas a su paso, los fulgores del alba, la de un nuevo día de ideales altos sobre las cumbres de la vida, que en lo porvenir darán amparo y calor a la familia humana.

En lo porvenir, decimos: todavía hay obstáculos que vencer, todavía hay murallas que echar abajo; todavía hay semicastas y semiservidumbres, y suele desatarse y sembrar ruina y espanto entre los hombres el monstruo de la guerra. La justicia, la piedad y el sentido común harán su oficio. Venceremos los creyentes, al cabo. Los creyentes en la fraternidad, en las armonías del derecho, en la posibilidad de que los egoísmos, por racional progreso, se concilien. Lo que se ha hecho para el servicio de la paz humana es mucho más de lo que resta por hacer. Lo que ahora divide verdaderamente a los hombres, por semicastas, por semiservidumbres, por soberbias desmesuradas y por odios grandes es el oro: si los que no lo tienen, que son los más, que forman inmensa mayoría, llegan a entenderse, ya le pondrán coto al flamante despotismo, como lo pusieron a la aristocracia romana los plebeyos que en el monte Aventino buscaron su refugio.

Pero ¿no sería mejor que nobles inspiraciones de racional sociabilidad lo encontraran? Esa es la tarea de la generación que se levanta. Con dogmas, o sin ellos, seamos prácticamente cristianos cuantos apetece que el sol de la dicha moral llene de resplandores sin eclipse los horizontes de la vida.

Huelga de Amor

La noticia, por la indudable originalidad del hecho que relata, no pudo menos que impresionarme y decidirme a hacerle un poco de comentario desde estas columnas. En los días que corren, tan llenos de agitaciones sociales, de literatura politiquera entre cuyas altisonancias se descubre un bucólico olor a portavianda, no queda más recurso que gastarse algunos cobres más y comprar diarios extranjeros. En uno de ellos encontré esta mañana la sensacional noticia: ha empezado en París una formidable huelga de amor. Y ha nacido de tales causas el movimiento que sin duda las alegres huelguistas van a llevarse consigo las simpatías del mundo entero: al menos sí tendrán las de los artistas y los vagabundos, las de quienes tengan generosidad en el corazón, las de los caballeros andantes de ogaño que en su alma sientan la reencarnación de los cortesanos mosqueteros legendarios, las ardientes simpatías de los poetas y de los pobres bohemios que fuman su pipa y pasean su ensueño por los destartalados cafetines de los artistas.

Hay en la historia cruzadas que merecen toda la simpatía de los hombres: en los tiempos homéricos, la guerra de Troya, ocasionada por un motivo galante: una mujer bellísima, un marido celoso, y un amante afortunado que logrará robarse a la infiel hermosa; y como consecuencia, los combates fieros a los que asistían los contendientes tremolando una enseña de amor.

En los tiempos romanos es Antonio, el valiente triunviro, dejando que se le escape la gloria y la corona imperial por no abandonar a Cleopatra. En la edad media fueron las cruzadas: el ideal de Pedro el Ermitaño arrastró en pos de sí a reyes, príncipes y prelados: se trataba de arrebatar a los infieles la Tierra Santa donde padeció y murió el príncipe del amor hermoso; entonces entraban a Jerusalén los gallardos caballeros cruzados llevando por cimera de sus cascos los guantes de seda de sus reinas. En nuestra América India se conserva la tradición precolombina de la llamada «Guerra de las Princesas», justa sangrienta de amor y de celos. Las demás guerras, las otras revoluciones, las huelgas y las asonadas, no han sido más que brutales riñas de odio y de envidia, de ambición y de poder, guerras estomacales sin un solo ideal noble, sin un solo motivo galante, sin una sola bandera de ensueño.

Hoy se presenta al mundo una nueva cruzada digna de la leyenda: las alegres cigarras del Montmartre y del Moulin Rouge, las picarescas modistillas del Barrio Latino, las midinettes de la Maison Dorée, todas aquellas mujercitas bien queridas que ponían en la bohemia de la ciudad luminosa una nota de ensueño, de ilusión, de dulce madrigal, han decidido hacerse a la huelga, abandonar el cabaret y la buhardilla humilde, no concurrir más a la cita romántica de los jardines públicos, abstenerse de las tertulias galantes,

del five o'clock, del teatro, del paseo al Bosque... Pero su huelga no es por un motivo sanchesco y vulgar: no piden aumento de salario; menos que les dieran, ellas serían siempre amables y generosas; no piden menos horas de trabajo: más que les dieran y ellas no se fatigarían jamás de sonreír, de cantar, de entretejer sus danzas alegres, de alisar sus cabelleras rubias como el champañ de besar las melancólicas bocas sedientas... No: ellas han declarado que su huelga es protesta contra la decreciente galantería de los hombres de hoy, contra el espíritu mercantilista e interesado de la época, contra la decadencia del ensueño, de la ternura, del amor, de la amable cortesanía; contra el prosaico espíritu de la época que todo lo quiere hacer con presupuesto: contra los millonarios de París que en su horario han puesto una hora para la Bolsa, otra para visitar las cuadras de los caballos de carrera, otra para despacho en su oficina, otra para comer y otra para su querida. Apenas si se concibe: una hora determinada para el amor, ni más ni menos que si se tratara de la cucharada de medicina que prescribe el médico o de la hora de asistir a la comida de invitación.

El amor está de huelga en París, en la ciudad del amor, donde Venus y Cupido tienen el más bello de sus altares: y amor huelga en señal de rebeldía contra esta edad, sanchopancesca y prosaica, que va en camino de producir la más espantosa de las bancarrotas, porque enmarcando el libre espíritu del hombre, matando su ensueño y cortando las alas a su fantasía lo convertirá en máquina que ha de moverse al ritmo gimiente del dolor, porque lo hará esclavo del régimen, del horario, de las calles rectas de las ciudades cubicadas y monótonas como tableros de ajedrez.

Las alegres y encantadoras mujercitas del cabaret y del Bosque de Boloña presienten la crisis del arte, de la poesía y del ensueño: y se revelan pidiendo que viva Bohemia y se acabe Wall-Street; ellas, las que son un madrigal que canta en los corazones dolientes, las que saben amar y sufrir, las que ríen en primavera y se entristecen en otoño, las mujercitas dulces que recitan a Musset y son todas sentimiento, no quieren la muerte del mundo: desean y luchan porque en las selvas eternamente umbrias, junto a las fuentes de linfa pura y a la hora encantada de los crepúsculos se escuche el airecillo amoroso y bailarinesco de la siringa de Pan y ruegan hasta el mismo Clemenceau para que retarde el principio del reinado completo de Moloch, el ídolo más nombrado de los ídolos púnicos.

Joaquín Vargas Coto

La Escuela de Agricultura

Su excursión del mes de octubre

El tiempo para adquirir el título de "Perito Agrícola" que la Escuela otorga, es sólo de tres años; treinta meses lectivos,—por este motivo los educandos necesitan hacer vida de mucha actividad. Todo en ella va enlazado. A las nueve y media de la noche del día viernes, concluía la conferencia del señor Quintanilla, sobre patronos y obreros del campo, de Guatemala, y a esta hora se retiraban los alumnos que tienen sus familias en San José para hacer los preparativos de la excursión de octubre. A las ocho y media de la mañana del día sábado, 10 del corriente, estábamos ya reunidos en la Estación del Pacífico: todos con sus zalbeques a la espalda. ¡Pobres los que se quedaban haciendo la guardia de la Escuela! Los de la excursión eran dieciséis. Sus nombres: Joaquín Gil, Mario Fernández, José Francisco Gurdíán, Gonzalo Coronado, Arturo Herrera, Francisco Rosales, Mario y Enrique Cazarzo, Rafael Navas, Federico Ruiz, Federico Palma, Martín Peralta, Enrique Madrigal, Alberto González Sibaja y Plutarco Soto.

El tren corre veloz hasta Puntarenas. La mayoría van teniendo ya espíritu de observación. Comentan sobre los cultivos que hay a los lados de la línea férrea: potreros, cañales, arrozales, maizales en rastrojo; se asombran de las grandes cantidades de leña y maderas: de la constante labor de los aserraderos. El imponente espectáculo del mar los absorbe. Hay varios que lo ven por primera vez. Tan grande el mar y tan pequeña y humilde su Escuela de Agricultura. En Puntarenas vamos todos en grupo a la Agencia de Transportes Marítimos. La embarcación estará lista a las diez de la noche. Para muchos de aquellos corazones sencillos, en que la duda nace fácilmente, la cuestión del embarque ya resuelta, produce una sensación inexplicable. Mezcla de alegría con asombro y temor. Seguramente les llega el recuerdo de la estoica manera de pensar de su jefe: "Si nos vamos a pique, nos quedamos viviendo en pique, y desde pique escribiremos a nuestras casas". Señalamos punto de reunión, y los alegres muchachos en distintos grupos, recorren el Puerto. Lluve torrencialmente. A las ocho hacemos una visita al Centro de Artesanos. Uno de los alumnos excursionistas va a explicar algo sobre los conocimientos aprendidos en el año, pero el tiempo con que contamos es muy corto y cede cortésmente su palabra al jefe. Este explica a la culta reunión allí rápidamente improvisada, las ventajas de la enseñanza a la juventud en las escuelas prácticas de agricultura; la tendencia de hacer hombres de carácter, de resistencia y de constancia. El Presidente del Centro y otros socios, personas amantes del adelanto y cultura de su país, nos dirigen pequeños discursos de ánimo

mo y de alabanza. El tiempo vuela. Son las diez de la noche, es la hora de partir. La luna intenta alumbrar y la lluvia va cesando poco a poco. Ya estamos embarcándonos: varios de los jóvenes registran entre sus camisas una vez más la medallita o el escapulario con que sus santas madres les recomendaran su oración. El barco se tambalea: el mar está sereno, pero los que se embarcan por primera vez lo encuentran agitado. Todos cantamos, gritamos, con la esperanza de que nos oigan no sólo desde el Puerto que se aleja, sino desde San José, desde el sitio donde la Escuela se ha quedado. La luna y el mar producen una alegría inconfundible. Alguno habla de salvavidas y de sus fuerzas para salir a nado, pero los más, cantan y viven a su Costa Rica y a su noble profesión de agricultores. A las doce y media de la noche llegamos a Manzanillo. Allí nos recibe el agente del muelle. Nos da una noticia que contraría nuestro intento. El vaqueano, el guía que le habíamos recomendado conseguir para que nos encaminara a la finca de la Palma, llegaría a las cuatro o a las cinco de la mañana. Nos quedaba tiempo para dormir un rato. Después de tomar una taza de café, cada uno buscó su rincón en la cama de que uno nunca se puede caer, algo dura, algo terrosa, pero nadie tiene tiempo para pensar en esos detalles. La conciencia tranquila, el viaje del tren, los discursos y recitaciones en el Centro de Artesanos, el flotar de la embarcación, el aire del mar, sus murmullos, son motivos más que suficientes para dormir a cualquiera. Doy una vistada a todos mis valientes amigos, y recordé y dije las palabras de uno de mis más grandes admirados: "Duerman tranquilos en brazos de la calma"...

Fué el mío también un sueño de muchacho: a pesar de que cuando en cuando entre el crujir de las resinosas maderas del muelle y de sus amarras, por mi imaginación pasaban los pronósticos de un viejo pesimista, amargado de la vida y de los años,—polo diametralmente opuesto del mío,—que en Puntarenas tuvo especial complacencia de hablarme de los peligros de un viaje a pie, con muchachos jóvenes, por aquellas soledades; en el peor mes del invierno, cuando los ríos se crecen y multiplican, los caimanes y lagartos tienen más hambre, las boas y otras serpientes más veneno y más fuerza, los terrenos se hunden y despeñan, en fin, un viaje de grandes penalidades, casi una verdadera locura.

Es claro; un viaje sin riesgos, en verano, con comitivas que se empachan de comidas y bebidas de la ciudad, en que no se fija una distancia ni se lleva apunte de ninguna observación, cosa son las que aconseja mi amigo pesimista, pero para el provecho de las necesidades de una pa-

triecita, tan bella y tan rica, que ellos nos van haciendo perder con su desencanto e inutilidad, yo juzgo más provechoso aquel otro sistema de viaje. Con esta resolución a mis débiles cavilaciones, el cuerpo se encarga de dar una media vuelta en la mullida tabla y el sueño lo rinde por completo.

* * *

A las cuatro y media de la mañana el vaqueano que el señor Agente del Muelle nos había conseguido, me despertó con sus voces.—¿Vino el señor Cruz?—¿Estará ya dispuesto a irse?—¿Cuántos compañeros trae?—¿Dónde están sus bestias?—Hizo grandes exclamaciones de asombro cuando se enteró que el viaje a La Palma lo haríamos a pie. ¡El Licenciado Cruz Meza va a pie! No comprendo si la imposibilidad era por lo de la mesa, o lo de la cruz, o lo del título. Entiendo que sería por lo de este último: mucho estorbo causan en verdad los títulos.

Ya listos todos para la marcha y con el estómago satisfecho con rica taza de café con tortillas que en la casa del señor Agente nos vendieron, nos fuimos hacia el pueblecito de Manzanillo, que queda como a unos diez minutos del muelle. El poblado de Manzanillo tiene cerca de cien casas, una pequeña casa de escuela, y tres establecimientos de comercio, dos de ellos manejados por chinos. Allí nos esperaba el vaqueano que deseaba acompañarnos. Quería que le diéramos un caballo, y con franqueza le dijimos que no era un señor lo que deseábamos, sino un sirviente. A su sentencia, de que allí no era posible encontrar quien nos acompañara a pie, le antepusimos nuestra fe de que si lo encontraríamos, no sólo por un día para ir a La Palma, sino por todo lo que tardásemos en nuestra excursión por aquellos contornos. Nuestra fe triunfó: a los pocos minutos ya habíamos conseguido un famoso vaqueano, un pescador, especie de rey de ganado, llamado Juan Rafael.

Compramos algunos víveres para cocinar en el camino el almuerzo, y a las seis y cuarenta minutos de la mañana iniciamos la marcha. Siempre como en todos los principios del camino cantando y gritando con viva alegría. La distancia hasta La Palma la constatamos en nuestras libretas así: De Manzanillo al primer paso del río Abangares, 68 minutos; de aquí al segundo paso del mismo río, 42 minutos; del segundo al tercer paso 45 minutos; del tercero al cuarto paso, 15; de aquí a la casa de Ujarraz, 10; y de Ujarraz a La Palma, 75: total 255 minutos. El viaje en verano se hace, a caballo, en dos horas y media o un poco más. La excursión hasta La Palma fué penosa porque las cuatro pasadas del río deben hacerse por dentro. Mucho falta todavía para que el Gobierno y particulares se decidan a poner aunque sean unos pequeños puentes colgantes. Fueron cuatro buenos baños los que allí debimos darnos: el primer paso del

río lo hicimos en una extensión como de 80 metros. Como si no fueran bastante los cuatro baños dichos, en el camino de Ujarraz a La Palma nos cayó uno de los buenos aguaceros que por allí se estilan. Ese tránsito es sumamente cenagoso y esto hacía más difícil y dilatada la marcha. La entrada a la finca La Palma es soberbia: anchos callejones, buenas cercas, gran chagüite, portones y tranqueras muy bien construidos, amplios corrales de piedra, galerones, casas, todo revelador de grandes riquezas empleadas.

El administrador actual de la finca, señor Bousque nos recibió con gentileza. Allí viven con él veinte o veinticinco franceses que forman la base de la colonia que espera hacer grandes trabajos de agricultura. En el instante que llegábamos se recogía una parte de la yeguada, para apartar y curar las bestias enfermas. Yeguada numerosa y de buenos ejemplares. Para nosotros tuvieron nuestros visitados finas atenciones. Nos dieron comida y alojamiento: por supuesto algunos de nuestros muchachos fueron los encargados de cocinar. Siempre llevamos utensilios de cocina y cada joven lleva en su zabalque su plato, su jarro y su cubierto. En donde palpamos allí el corazón y el alma francesas fué en las exquisitas atenciones que tuvieron para uno de los alumnos que llegó algo indispuerto. A la mañana siguiente, día lunes, vimos el reparto de trabajos: hablamos con algunos de los obreros costarricenses que les ayudan. Visitamos algunos ensayos y cultivos que ya han comenzado a hacer. Son amplios los proyectos que se proponen realizar: crías de ganados, siembras de arroz, de maíz, de frijoles, siembras de caña y colocación de un ingenio, un aserradero, construcción de casas de campo modernas, bien libres de invasión de bichos e insectos y bien higiénicas. Un buen camino a Colorado para habilitarlo como puerto de La Palma. Cultivo de repastos con zacates de distintas clases; desarrollo de algunas industrias como aceites, manteca, jabón, pan, y muchas otras verdaderas y ricas empresas para aquella sección. Esperan tener muchos productos para exportar al Canal.

Es preciso que aquella Colonia arraigue bien entre nosotros y para ello todos debemos ayudar: es obra de patriotismo hacerles las mayores facilidades.— Como a las nueve y media de la mañana y después de haber tomado nuestro almuerzo y café, estábamos listos para el viaje. Nuestro itinerario nos señalaba ir hasta Juntas para visitar por la tarde la Mina La Luz.— Al despedirnos de los hospitalarios moradores de La Palma, en rigurosa formación y descubiertos cantamos el Himno Nacional y lanzamos grandes vivas a la Francia. Juan Rafael tomó la delantera para señalarnos el camino y durante más de tres cuartos de hora fuimos admirando los potreros y cercados de la famosa Palma. De cuando en cuando, en aquellos desolados campos, de árboles de corpulencia casi fantástica, al piar de las aves y al grito de los congos y los mo-

nos, mezclábamos nuestras dos voces de marcha, la azteca "Jambalei" que significa vamos todos, y la sajona "Hip, hip, hurra" que no sabemos qué significa.

* * *

El camino que recorríamos de La Palma a Las Juntas de Abangares, facilitaba la marcha en formación. Ibamos de uno en fondo a paso regular. Sólo el simpático Guardián formaba fila de dos, con un amiguito suyo, que él había convidado para ir a la excursión. Ambos llevaban, en una angarilla rústica, la olla con algo de almuerzo y unos plátanos verdes del chagüite de La Palma, cocidos con todo y cáscara. En ciertas partes el camino era húmedo y resbaladizo, con fuertes cuestras al bajar a los ríos y quebradas, pero en lo general, era camino de costa, bien sombreado. Los caminos en las costas son casi siempre planos. En la formación enviábamos voces-correos que iban pasando de compañero a compañero. Correo adelante: "a Juan Rafael (el vaqueano que iba a la cabeza), que si es posible conseguir dulce en el camino". Correo atrás: "que dice Juan Rafael que sí". Correo adelante: "muchas gracias". Correo atrás: "que dice Juan Rafael que gracias son las que adornan a los alumnos de la Escuela de Agricultura". Los gritos con que eran trasmitidos los correos, daban idea de lo contentos que íbamos todos.

En ciertos parajes largos y sin sombra, labras de terrenos preparadas para la siembra del frijol, el sol nos picaba a su sabor. Pero nadie hacía caso del sol porque los ríos estaban cerca y el baño para pasarlos era imprescindible. ¡Qué rico y delicioso nos supo en realidad el baño, al encontrarnos con el inmenso río de Abangares! Este río, no queriendo que los viajeros se olviden de él, se aparece en aquellos contornos, a cada instante. ¿Qué río es ese tan sereno y pedregoso? El Abangares. ¿Cómo se llama ese otro río tan encajonado y tan bravo? El Abangares. Por aquí todos los ríos, objeto Madrigal, bien en agua y en sudor, se llaman, Abangares. Y es preciso pensar que este Abangares lleva mucho oro en sus corrientes. En el último paso, antes de llegar a Las Juntas, en la hermosa playa que forma el Abangares, cubierta por piedras de un color blanco especial, tomamos nuestro almuerzo con los consabidos plátanos y sendos jarros de sabroso café, que el valiente Gil dijo que no se le olvidaría en su vida. Entre La Palma y Las Juntas, son abundantes las fincas de repastos. Los poteros se ven muy bien atendidos y cubiertos de muchas variedades de zacates importados.

La llegada a una población de importancia como Las Juntas, necesariamente habría de alegrarnos. Después de pasar tantos montes y ríos, es muy agradable encontrar las comodidades de una ciudad, aún cuando sea pequeña. Lie-

gamos a Las Juntas como a la una y media de la tarde, en el preciso momento en que un aguacero, como si fuera arrojado por el mismo mar, se destacaba furioso y abundante. Las distancias constatadas por tiempo, recorridas a pie, fueron así: de La Palma hasta el final de sus cercas, cuarenta y cinco minutos; de aquí a la quebrada del Limonal, setenta y ocho minutos; de la quebrada del Limonal a los poteros de Feliciano Quirós y Francisco Rivera, treinticinco; de aquí a los pasos del Abangares, treinta; del Abangares a Las Juntas, cuarenta. Total: doscientos veintiocho minutos. Esta población de Las Juntas es centro comercial de varios lugares ricos, pero su principal factor de riqueza lo constituyen las minas de Abangares. No tienen aún cuadrante sus calles, ni casas; pero sí mucha luz y muchas obras de verdadero progreso. Estas aparecen obscuras por la gran cantidad de aguardiente que allí se consume. Este mal parece que fuera propicio a casi todas nuestras poblaciones. Sólo buenos Gobiernos podrán irlo destruyendo. Hay allí un grupo de compatriotas nuestros, diligentes, activos y sumamente dedicados al bien, que se ven constantemente trabajando.

La escuela está manejada por una Directora, a quien, desgraciadamente, no encontramos; tampoco estaba allí el señor Jefe Político que había salido en comisiones de su Jefatura. Estas dos autoridades nos hicieron falta para preparar alguna reunión o conferencia. Un vecino importantísimo, muy popular, don Salomón Chajud, nos declaró sus huéspedes y nos brindó generosa y cordial acogida. El señor Chajud es una lección viva de esfuerzo y lucha para el trabajo, lección viva de bondad y de rectitud. Los pocos ratos que lo observamos y lo oímos, representan un valor mayor que la lectura de muchos libros. Vino de Venezuela a Costa Rica hace algunos años, y se radicó allí, en donde ha ido extendiendo poco a poco sus negocios. Amable y sencillo, con sabrosa sinceridad, explica cómo Dios es tan bueno con él y le premia con creces sus trabajos. Es un empresario en el amplio sentido de la palabra. Tiene trabajos de agricultura, siembras de arroz, maíz, caña, frijoles, un establecimiento de comercio, una tenería, explotación de maderas, cría de cerdos y gallinas, un taller de zapatería y talabartería, un taller de panadería, y en medio de las angustias y afanes que el manejo de estas empresas supone, siempre se le ve dulce y sonriente en el trato con todas las personas que a él se acercan y le sirven. Estábamos verdaderamente encantados de verle: su decisión y su fe están revestidas de una gran constancia y resistencia para el trabajo. Como le faltara, por enfermedad, uno de los obreros de la panadería, él tomó, desde la una de la mañana, aquella misma noche que dormimos en su casa, la batea de amasar la harina y la pala para sacar el pan del horno. Un dato nos impresionó a todos. Por las noches, a los obreros de su taller, les facilita un fonógrafo para que

hagan un rato de música. Se revelan obreros modelos, de buena conducta y costumbres. Algunos llevan varios años de servir al señor Chajud, sin abandonarlo. Don Salomón, nos dijeron, es el patrón más humilde y bueno de que ustedes pueden tener idea. Y así debe serlo en realidad; pero de ninguna de sus virtudes hace alarde el señor Chajud. El sólo quiere que todos conozcan y reconozcan que la población de Las Juntas llegó a cantón porque él puso en ello sus mayores empeños. El, como el mejor de los patriotas costaricenses quisiera que Las Juntas fuera una gran ciudad y Costa Rica la mejor República del mundo.

* * *

Los valientes "riders" no estaban para lecturas, tampoco estaban para ninguna otra cosa que no significara descanso. Formaban curioso grupo en un pequeño salón, sesteando y oyendo llover. Algunos se alternaban en la lectura de nuestro gran libro "Fuerza de Acción", de Maximiliano Avilés. Como no había abundancia de sillas, el asiento predilecto era el suelo en donde se recostaban uno sobre el otro, estirando a todo sabor las fornidas piernas. Varios tomaron por tarea lavar sus ropas. Cuando se viaja a pie sólo se lleva la ropa indispensable: pesa mucho la ropa sobrante en el zalbeque. Después de la comida nos dedicamos a hacer los preparativos para la excursión a las minas. Todos no hablaban, sino de minas, del oro, de la plata, de las grandes excavaciones y del carácter de los mineros que viven siempre dentro de ellas. Es una delicia la imaginación de las gentes de clima caliente. Son unos calientes para concebir anécdotas y tramar historietas. Los mineros, según ellos, a causa de su dura vida, que casi pende de un hilo, son hombres sin entrañas y sin corazón. Se tragan a sus semejantes sin quitarles siquiera los zapatos. Le dan las manos a los leones y tigres, y si estos gruñen les meten las manos por la boca hasta los hijares y los vuelven al revés. Con comentario sobre minas y mineros llegamos a la hora de dormir. A las seis de la mañana siguiente, día martes, emprendíamos camino hacia los cerros de Abangares, en donde se encuentran las grandes instalaciones y laboreos de las minas. Para ir a estos lugares hay muy trajinados dos caminos: uno el real, el carretero; y otro, el de las veredas. Nosotros tomamos el de la vereda de la izquierda. A la salida de las Juntas para Tres Hermanos y La Sierra, hay un puente colgante sobre el río Abangares para peatones, consistente y con buen piso. Por él puede fácilmente pasarse con un caballo, en el caso de que el río estuviese muy crecido. Es una gradiente bastante grande la del trillo a Tres Hermanos: a la izquierda de este trillo a una muy poca distancia de Las Juntas se encuentra el río de Agua Fria. Cristalinas y encausadas sus aguas, con muchas pozas y cataratas. De Las Juntas al Túnel Tres, que está en el cerro El Pelón, llegamos en cuarenta minutos; de El Pelón a la Puerta de Tres

Hermanos llegamos en cuarenta y cinco minutos. Total: de La Junta a Tres Hermanos, una hora y veinticinco minutos. Varias personas que allí viven nos dijeron que habíamos hecho un buen "record". Por aquellos sitios se emplean muchos términos ingleses, y en realidad todo allí es inglés o americano del Norte, que es lo mismo. Un algo extranjero sería más correcto decir. Los costaricenses que no conocen los trabajos mineros de Abangares no tienen idea de la colosal obra que ellos significan para nuestra patria. Figuraos una serie de cerros excavados por todos contornos, es una de cuevas, de túneles, de pozos, de excavaciones que causan verdadero vértigo. Todo para ser desarrollado allí ha requerido y representado cuantiosos capitales.

Hay magníficos aserraderos para arreglar las maderas que sirven para ademar los túneles: hay fraguas completísimas con detalles sorprendentes. Una maquinaria especial forma y afila las ochavadas puntas de los acerados barrenos. Hay una compresora que da fuerza para todo, en especial para barrenar los granitos y pórfidos de las montañas. Hay bombas de gran potencia, que trabajan incesantemente, arrojando el agua de los túneles y pozos: hay tranvías, andariveles, carros pequeños, infinidad de vehículos para transportar los minerales hasta los mazos y los filtros. Los minerales de la mina La Luz necesitarán ocho trasbordos en una distancia como de veinticuatro kilómetros para llegar hasta donde deben ser molidos.

Las instalaciones de electricidad son infinitas: casi todo está movido por electricidad. La planta del Guacimal, que genera toda esta fuerza, una de las más modernas y completas del país, está a una distancia como de dieciocho kilómetros de las minas de la Sierra. El andarivel principal de Tres Hermanos al "winch" del tranvía, tiene, un cable de seis mil ochocientos pies: por él se vé a alturas inmensas, correr los depósitos de minerales. Parecen pequeños aeroplanos volando.

En un magnífico elevador el señor Hampton y el señor Marks que nos dispensan muy atenta acogida, nos hacen descender al nivel cinco, en el cual trabajan con gran provecho. Bajamos a cuatrocientos veinticinco pies de profundidad y hacemos el recorrido de los carros que tiene dos mil quinientos pies de largo. El nivel seis tiene quinientos sesenta y un pies de profundidad y tres mil quinientos de largo. Pequeñas excavaciones éstas si se considera la instalación de los filtros y los mazos. Estos son potentísimos: mientras trabajan hacen un ruido infernal que no permite oír la voz. Fuimos y observamos con admiración que sacude todos los sentidos las plantas de Los Chanchos y Las Sierras. Las Sierras están separadas de Tres Hermanos como por una y media hora de camino a pie. Los varios cerros que se atraviesan parecen pascones, abiertos por todos lados. Y las excavaciones siguen y no pueden detenerse. Por término medio, las Minas de Abangares muelen cinco mil toneladas de material al mes, y cada tonelada significa una yarda

cuadrada de excavación. Cuando menos pensemos, decía uno de los más atónitos de los futuros agricultores, los túneles de Abangares van a llegar hasta San José.

* * *

Culebra, de esas inocentes que en lugar de estar quietas en sus cuevas salen a atravesarse en el camino, tendremos en esta penúltima parte de mi crónica. El regreso de las plantaciones mineras de Abangares a Las Juntas, lo hicimos por el camino carretero en medio de un aguacero fuerte y largo, de esos que transforman el camino en ríos. Las quebradas que hay entre La Sierra y Las Juntas apenas podían los más pequeños "riders" atravesarlas: el peso de las ropas y calzado mojados contribuye para no ser arrastrados por la corriente. De La Sierra a Las Juntas gastamos cuarenta y ocho minutos: en total en nuestra visita a las minas empleamos a pie seis horas y cuarto. De buena gana habríamos descansado un día en Las Juntas. A pesar de ser la nuestra una excursión científica no hay tiempo para descanso. A las cuatro de la mañana del día siguiente, miércoles, ya estábamos listos, un poco frías las ropas, un tanto rebeldes los húmedos zapatos, pero el espíritu no participaba ni de esa humedad ni de ese frío. Nos despedimos de Las Juntas, de la buena posada del amigo Chajud, cantando el Himno de la Patria, cuya letra parece que hubiera sido escrita sólo para los estudiantes de agricultura.

El vecindario debe haber despertado con el canto y grandes gritos de su reptido estribillo:

"Viva Costa Rica,
viva la Nación,
viva eternamente
nuestra profesión".
¡Vivaal!

Para ir de Las Juntas a Manzanillo hay dos caminos: uno el de La Chicharra, otro el de La Tutela. Este último dicen que es más corto y ese tomamos. Nada pudimos aprovechar de la madrugada para caminar: estaba un poco oscuro y hay una cuesta a la salida en tan pésimo estado que apenas a puros tanteos pudimos vencerla. Las anotaciones de distancias son así: de Las Juntas a San Juan, 45 minutos; de San Juan (casa de José Bogantes) a Los Yurros, noventa minutos; de Los Yurros a casa de Benjamín Rojas, veinte; de aquí a la Calera, ochenta; de la Calera al horno de Nicanor Zamora, treinta y cinco; del horno al Tortugal, casa de Nicanor Zamora, diez minutos; del Tortugal a Monte Fresco, setenta; de aquí a Los Cedros, cuarenta; de los Cedros a Manzanillo, treinta; de Manzanillo al puerto del mismo nombre, diez. Total: cuatrocientos treinta minutos. Si se toma en cuenta el sol de aquellas costas pudiera ser que se imaginara el lector lo duro de la jornada. Era la final. Ya sólo nos restaba andar en embarcación y en tren. Aquellos sitios recorridos son de una belleza suma. Hay una vegetación que asombra.

Los habitantes del camino con quienes hablamos se manifiestan contentos de su suerte. Ya habían cosechado el arroz de invierno y tenían listos sus cultivos de arroz veranero: otro tanto les pasaba con el maíz y los frijoles. La caña dulce es abundante: todos, aunque sean en pequeños cuadros tienen siembras de ella. Suave y dulce más que la caña de estas alturas es la que allí se cosecha. Por muchas partes tienen trapiches: en casi todas las casas nos vendieron dulce. Tienen maíz, frijoles, arroz, dulce, y esto a dos cosechas, ¿qué más pueden desear? Sí; nos dijeron que deseaban una cosa, que les prometamos los del interior que nunca jamás les volverán a quitar sus hijos para llevarlos a batirse con sus propios hermanos. La sed en Manzanillo nos ahogaba, era mucho el cansancio y el calor y tomamos frescos de maíz, no por vasos sino por baldes. Pronto notamos que cinco compañeros faltaban: habíanse extraviado en el camino. Vendrían como la mayor parte preguntando sin descanso a cuanta persona se atravesaba: ¿cuánto falta? ¿cuánto falta? Los viajeros de aquí, siempre olvidan que la generalidad de los campesinos no usan reloj. El "hay no más" y la "media hora" es toda la información que pueden dar. Los cinco perdidos aparecieron cerca de la una de la tarde: a pleno sol y bañados en sudor, más rojos que la grana. Habían realizado una proeza,—según ellos—matando con palos y piedras, en pandilla como los coyotes, una bequer de tres metros de largo que se les atravesó en el camino. Por el susto que les debe haber dado la sentenciaron a la pena de muerte. Yo digo, que según ellos, fué proeza lo de darle muerte a tan grande animalito, pues la verdadera proeza a mi juicio consistió en venir por aquel largo y duro camino, cargando en un palo la pesadísima serpiente. Plutarco, Ruiz, Gurdían, Gil y Rosales, fueron los campeones de la proeza, citados en la orden de aquel día. Madrigal y Plutarco se encargaron de pelarla y cada uno de los cinco están todavía alegando derecho a mejor parte sobre el curioso cuero que en la Escuela está luciéndose como magnífico trofeo. Una gasolina llegó por nosotros a las siete y media de la noche. La navegación de regreso fué tan alegre como la de la ida. A las diez llegamos a Puntarenas. En la casa que el señor Gobernador habita, junto al mar, nos dieron posada. ¡Qué gran noche! Un dulce y raro concierto, entre la respiración reposada y tranquila de aquellos valerosos amigos, dormidos a pierna y brazos sueltos, descansando sobre el duro suelo, y los rugidos del mar, bestiales, temibles, con sus alzas y bajas que nos asombran y humillan.

* * *

A las cinco en punto de la mañana siguiente, alumbrados por las claridades de Venus, nos bañábamos ricamente en el mar. Punto que merece cuidadosa atención, en especial por los pedagogos que el plan de nuestra Escuela conocen: ninguno

dejé de hacerlo a pesar de varios pesares, que como el del cansancio y el mal dormir, eran dignos de tomarse en cuenta. Un baño a pleno mar no es cosa muy frecuente para quienes vivimos lejos de él. Después del baño y un buen café, cada uno tomó el rumbo que pudo; nos reuniríamos a las ocho y cuarto, hora de la partida del tren en la casa de Estación. Ya arreglados en el carro del tren, por las ventanillas sonreíamos complacidos a los amigos y curiosos que deseaban darnos su adiós. En ocasiones los viajes de retorno son lentísimos: los agricultores que han dejado ensayos sembrados quisieran que el tren tuviera alas para llegar pronto a observarlos. Yo creo que este era el caso de mis compañeros, porque todos hablaban con entusiasmo de la llegada a San José.

En Orotina nos dividimos en dos grupos: uno se quedaría con el infrascrito para visitar unos cultivos de caña de azúcar, y otro continuaría hasta la Escuela. Penosas son las separaciones después de que se han pasado varios días de intimidad. Quedaron en Orotina seis alumnos, dos como representantes de cada uno de los tres años de la Escuela. Una representación bien escogida. Los cultivos de caña que intentábamos inspeccionar, pertenecen a don José Joaquín Jiménez Ortiz, quien los lleva a cabo en una valiosa propiedad, a la orilla de la línea, que compró a la sucesión del Lic. don José Joaquín Rodríguez. En la finca del señor Jiménez esperaban nuestra visita, y son incontables la cantidad y calidad de las finezas de que fuimos objeto. No nos sorprendió el orden, ni el método de organización empleado en los trabajos y cultivos que allí presenciábamos, a los que de antiguo conocemos el espíritu organizador que tanto distingue al joven Jiménez Ortiz. Tiene sembrados, con semilla inteligentemente seleccionada, treinta y cinco manzanas de caña: con siembras de frijol, otras tantas, para enriquecer el terreno en nitrógeno y alistarlas también para caña. Emplea arados y cultivadoras manejadas con bueyes y caballos, y con ellas hace el trabajo de aporcas y desyerbas. Ambos trabajos abren la tierra que, sedienta, aprovecha los elementos fertilizantes que multiplican las cosechas. Como rondas para los cañaverales, precaución contra quemas, tiene cultivos de plátanos y bananos. En una pequeña bodega vimos una buena cantidad del maíz cosechado en el año. Existe cerca de esta bodega un pequeño galerón con varias máquinas agrícolas, entre otras, una magnífica sembradora, que puede adaptarse para sembrar maíz, cebada, avena, arroz u otro cereal de semilla parecida. Cerca de este galerón está el establo. Cerca del establo, como queriendo enseñar que allí todo terreno será para sembrar caña, hay una manzana de caña modelo; caña que no le importan los pocos meses que tiene de sembrada, para dar envidia por su altura y por su grueso, y en especial por su lozanía. A no ser por la alta estima que nos dijo el mandador en que las tiene su dueño, nos comemos una con todo y cogollo. Hay en la finca

una arboleda, cuajados los limoneros y cocales: alguna que otra señal de fruta daban, los en apariencia, productivos aguacates. En repastados potreros pacían vacas, bueyes y bestias de servicio. A la entrada, carpinteros daban los últimos toques a un amplio y hermoso galerón en donde pronto será instalada una soberbia maquinaria para dulce, que comenzaban a trasladar. Esa maquinaria será movida por fuerza de vapor, aunque ya el dueño de la finca está empeñosamente trabajando por llevar hasta ella una corriente de agua. Esta le dará fuerza, y lo que es más provechoso allí, riego para sus cañaverales. La casa de habitación es de dos pisos, parece nueva porque fué reformada y tiene toda comodidad, aseo y confort, agua y cañería por todas partes. Esa casa es el complemento de esa finca, que su dueño ha convertido en una verdadera finca modelo y de gran porvenir. Como es muy plana, no nos cansamos de recorrerla y observarla bien. A la mañana siguiente de nuestra llegada, vimos la instalación de trabajos y trabajadores. Costa Rica es muy pequeña, pero en cada una de sus secciones, hay para el espíritu curioso, muchas cosas que aprender.

Por el tren del viernes regresamos a San José, y en el tranvía continuamos hasta nuestra Escuela. Y aquí estamos ya, revisando en la tranquilidad augusta de las palmeras que nos rodean, las impresiones recibidas en nuestros días de ausencia. La siguiente nota me ocurre al concluir esta crónica.

También al regreso como a la salida, dí de pechos a boca con otro pesimista. ¡Parece que fueran muchos los que hay en nuestro país! El administrador de la finca del fino amigo don José Joaquín Jiménez, que fué el encargado de recibirnos y que por cierto lo hizo de la manera más atenta y cariñosa, es el viejo maestro don Ezequías Marín. Fué mi maestro del cuarto grado del Liceo y yo lo recuerdo con gratitud. Habla de todo con negrura; y, naturalmente, yo lo dejé hablar lo menos posible. No creo en negruras. Lo hice apreciar la cualidades de mis muchachos; le hablé del entusiasmo de éstos; de su afán de lucha y de trabajo; de sus virtudes de pequeños patriotas; leímos párrafos de acción individual, de optimismo salvador; de las reservas de felicidad que el mundo guarda para los convencidos y los enérgicos, pero, por debajo de sus gafas, parecía que me miraba con ojos burlescos y de piedad. Maestro, al fin, nos observó solícito, nos siguió nuestros pasos, estuvo con nosotros como dieciocho horas, y al encaminarnos a la estación y despedirnos, pareció que sus negruras algo se habían disipado, pues nos dijo adiós, con estas palabras: "Me parece que es, en realidad, bien grande la dicha de ustedes, que viven con su Escuela de Agricultura, llevándosela a los costarricenses a todas partes como lección, no de algo ideal, sino de algo efectivo y muy práctico.—Yo los felicito de todo corazón".

LUIS CRUZ MEZA

Notas

Oscar Padilla

El 20 de noviembre ha muerto este amigo nuestro, cuando su juventud daba los mejores frutos.

Oscar Padilla tenía que ser hondamente sentido en Costa Rica, por su carácter jovial, por su talento, por su espíritu. La noticia de su muerte fué motivo de pesar. En todos los centros sociales, en todas las asociaciones de cultura, allí estaba este empeñoso amigo trabajando siempre con desinterés. El cortejo que lo acompañó al cementerio fue una clara manifestación de lo que se le quería. Allí hablaron en nombre del Colegio de Abogados y del Ateneo de Costa Rica, el Lic. don Alejandro Alvarado y el señor Castro Saborío.

Oscar también tuvo el estímulo de las Musas: escribió bellos versos, hizo labor de periodista y amó siempre, como buen artista, la vida inquieta. París infiltró en él un poco de ensueño y de melancolía que se trasladó en todos sus actos.

Hoy se ha ido ya este amigo nuestro del mundo de cariños que lo rodeaba, a los 34 años, dejando un hermoso recuerdo por su vida generosa y culta.

Joselina Brenes Carrillo

Como una flor que se desprendiera, llevada por el viento inevitable de la negra muerte, se apagó la vida de esta inmadura: profundamente espiritual sin ser romántica, hecha para vivir en esa abnegación constante de la mujer que comprende cómo es de efímera la tierra, alegre lo mismo que una brisa de la tarde, esta viajera ha partido hacia el misterio a los veinte años; y al verla dentro de la caja blanca, todos pensábamos dolorosamente en unas nupcias celestes, más allá de las nubes, en donde hay ángeles y vírgenes.

Nuestro pésame para sus familiares, y en especial para nuestro distinguido amigo don Roberto Brenes Mesén y su señora esposa.

Cultura musical

La noche del 22 de noviembre se llevó a cabo una hermosa fiesta de cultura en el

Teatro Nacional, organizada por generosos artistas que quieren comenzar de nuevo en Costa Rica a hacer un rinconcito azul que sea fecundo en Armonía.

El programa era tanto más sugestivo por tratarse de obras y de artistas nacionales. El público pudo regocijarse con la producción musical costarricense y aplaudió con entusiasmo composiciones musicales de don Enrique Jiménez Núñez, de Carlos Carazo, de Fonseca, de Nieto, de Repetto.

Abrió el acto, con una conferencia sobre música nuestro compañero Rogelio Sotela.

Enrique Martínez recitó versos de nuestro cantor celebrado Aquileo Echeverría y fué muy gustado.

Todo en la noche ésta fué armonía. Quiera la suerte estimular el esfuerzo de estos artistas para que se establezca sólidamente en el país un centro de cultura musical.

Nuevos bachilleres

Han terminado ya los exámenes para bachillerato en el Liceo de Costa Rica; fueron en general muy lucidos y los miembros que integraron la comisión examinadora quedaron muy satisfechos de la sólida preparación de los alumnos. Es la primera vez que el Liceo extiende diplomas a un grupo de alumnos tan numeroso: treinta y tres del V año. Tuvimos ocasión de asistir a algunos exámenes y nos regocija verdaderamente consignar que esos jóvenes llevan un buen bagaje de cultura. Al señor Director y a los Profesores les enviamos nuestro saludo por el éxito alcanzado en las labores de este año que, a pesar de haber sido tan turbulento, fué bien aprovechado y será fecundo por la preparación cultural de los muchachos.

Nuestro número próximo

Gracias a una deferencia especial para esta Revista, el distinguido y espontáneo artista nacional Enrique Hine Saborío ilustrará nuestro próximo número con algunas caricaturas de su nervioso lápiz.

18 375 / 21175

COMPañIA INDUSTRIAL
“EL LABERINTO”

Pasa de quince mil yardas los driles, cotines, céfiros y mezcilla que fabrica mensualmente y por su inmejorable calidad, perfección y solidez, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía.

El público puede encontrar estos famosos géneros de algodón y sus renombrados paños de manos, en los siguientes establecimientos:

~ SAN JOSE ~

José María Calvo & Cía., “La Gloria”. — Ismael Vargas C. (Mercado). — Jaime Vargas C. (Mercado). — Enrique Vargas C. (Mercado). — E. Guevara & Cía., “La Buena Sombra” y “La Perla”. Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). — Manuel Solera & Cía. (Mercado). — Antonio Alán & Cía. — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — Etc., etc.

Depósito permanente del afamado

QUESO PINTO

LA GRAN VIA

ALSINA

IMPRESA
LIBRERIA - PAPELERIA

Inmenso surtido de
útiles para escuelas

Las últimas obras recibidas de América
y Europa están de venta en la Librería

“LA EXPRESS”

FRENTE A ROBERT HERMANOS